

DE MERITOS Y CRITICAS

El Premio Nobel de la Paz ha sido otorgado en 133 oportunidades, cuya distribución es 82 hombres, 31 organizaciones y 20 mujeres. Entre las regiones geográficas se ha otorgado 66 veces a personas u organizaciones de Europa, 25 veces a norteamericanos y 7 veces a latinoamericanos, seguidos de una amplia dispersión en África, Asia y Oceanía, especialmente las últimas décadas, que ha ido dejando de estar tan concentrado como al inicio.

La entrega de premios ha recibido críticas, en muchos casos por motivos políticos - a nadie le gusta que premien a sus opositores -, pero también cuestionando los méritos, dado que algunos galardonados han estado involucrados en situaciones que difícilmente pueden considerarse pacíficas, como guerras, invasiones, masacres, intervención de países poderosos en países más débiles.

Como se puede ver, el premio ha tenido un enorme desbalance de género, solo un 15% de mujeres, sobre todo de poder, porque las miles de mujeres que trabajan heroicamente por la paz en sus diversas formas, no son visibles, porque normalmente actúan lejos del poder; un escandaloso desbalance de regiones geográficas, que explica por qué nunca se lo dieron a Mahatma Gandhi, que seguramente es quien más lo merecía; un desbalance de causas, lo que convierte en un milagro que Malala Yousafzai, con solo 17 años, fuera premiada por su lucha contra la discriminación educativa de las mujeres, impuesta por el movimiento Talibán. Algunas críticas que ha recibido María Corina Machado, mujer y latinoamericana, de parte de quienes aún creen que pueden señalar a otros, me ha recordado el evangelio de este domingo.

Una de las muchas ocasiones en que Jesús tomó posición respecto a la espiritualidad fue en la parábola del fariseo y el publicano. Sólo contó una pequeña historia, pero con ella sacudió hasta los cimientos la religiosidad de su pueblo, extendiendo su onda expansiva hasta nuestros días. “Dos hombres subieron al templo a orar”, comenzó a contar Jesús, “uno era fariseo y el otro publicano”, agregó. Esta breve introducción resultó explosiva para todos lo que escuchaban, porque se daban cuenta que Jesús iba a confrontar mucho más que a dos hombres.

Jesús describió la regresiva espiritualidad del mérito, a través del fariseo que va al templo a hacer el recuento de sus esfuerzos por cumplir. Necesita hacerlo, porque externalizó el juicio sobre su propio valor, dejó que la Ley ocupara el lugar de su corazón y prolongó en la adultez, la infantil relación con la autoridad, como juez de las acciones, y se la proyectó a Dios. El publicano, en cambio, va al templo en la más completa bancarrota de méritos, en la más absoluta capitulación de su capacidad de auto sostenerse en la vida. Sabe que ha vivido lejos de Dios, lejos de los otros y lejos de sí mismo. Por esto, desde las mazmorras de la oscuridad de su vida, clama: “Dios mío, ten compasión de este pecador”, abriéndose a la fecunda espiritualidad de la gracia.

Con la parábola del fariseo y el publicano, Jesús nos invita a comprender que no hay justicia sin misericordia, bondad sin compasión, ni verdad sin perdón. Jesús sabe de la ineludible complicidad que todos tenemos con el mal, de nuestras ambivalencias psicológicas, de nuestras dependencias sistémicas, de la superposición estructural entre los “buenos” y “malos”, de nuestra sujeción a las potestades del inconsciente.

Sabe que muchas veces confundimos el mal con el bien y viceversa. Reconoce que hay brutales crímenes a plena luz del día, pero sabe también de los “crímenes” silenciosos de los que juzgan con rigor, de los que con crueldad postulan principios generalizantes y luego estigmatizan a los que no cumplen, de los que se sienten dueños de la verdad, del bien y sus claridades. Por esto, a Jesús no le interesa barrer la era y separar la paja del grano. Le interesó la paja en lugar del grano, la única oveja extraviada y no el rebaño de 99, los enfermos en lugar de los sanos, los pecadores en lugar de los virtuosos. Estas preferencias de Jesús representan un cuestionamiento radical a las certezas del orden, la ley y el mérito.

Celebremos la buena noticia de la invitación de Jesús a inclinarnos a buscar el perdón, a recuperar la inocencia perdida, a recibir, como el publicano, una segunda oportunidad. La espiritualidad de la gracia es una respuesta a nuestra apertura al infinito, a nuestra necesidad de Absoluto y a nuestro deseo de asaltar el cielo. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 26 de octubre de 2025